

Los límites de la inclusión: Globalización, capitalismo neoliberal y políticas estatales de control fronterizo*

Leonidas K. Cheliotis**

Introducción

Es imposible hablar sobre la globalización sin hacer referencia a las fronteras geográficas y a su control. En la medida en que la globalización consiste prácticamente en la mayor movilidad de capital y en el aumento de interconexiones internacionales fundamentales entre Estados-nación -siendo incorporadas en la economía global (Nelken, 2011)-, requiere necesariamente la alteración y la relajación de fronteras territoriales fuertemente arraigadas, o lo que se conoce en los estudios de referencia como el proceso de “desterritorialización”. Sin embargo, este proceso no debiera implicar una disminución de la soberanía estatal. En todo caso, como Wilson y Donnan (2012: 5) argumentan, el advenimiento de la globalización y de la desterritorialización coincidió con “más estados, más instituciones estatales, más intromisión del Estado en la vida cotidiana de ciudadanos y habitantes (a partir de la utilización de nuevas tecnologías), y más intervención estatal en la economía política global”.

La persistencia y, de hecho, la expansión de los Estado-nación en la superficie de la globalización es quizás más evidente en aquellos países que han visto a sus economías someterse a la neoliberalización rápida y exhaustiva. En el triple sentido de flujos financieros desregulados, controles administrativos flexibles en el mercado de trabajo y gasto social recortado. Aquí la globalización es evocada para legitimar la entrega de las economías nacionales a los mercados financieros, en línea con el dogma del capitalismo neoliberal. Es decir, la neoliberalización de la economía es justificada como un mandato del destino; ya sea negativamente, como un sub-producto inevitable de las fuerzas invisibles de la globalización, o positivamente, como el único camino a la prosperidad individual y nacional en un ambiente de competencia en el mercado mundial. Esta doble teleología recalca los discursos que buscan naturalizar el viraje de la

responsabilidad por la seguridad y el bienestar hacia los hombros de los individuos privados. En realidad, sin embargo, y no muy diferente de la desterritorialización, la adopción de las ideas, ideales y políticas del capitalismo neoliberal es en última instancia el resultado de decisiones en gran medida autónomas tomadas por élites gobernantes nacionales a favor del capital local, a pesar de que los intereses, influencias y presiones externas de ningún modo pueden ser ignorados (Bourdieu y Wacquant, 1999; ver también Cheliotis y Xenakis, 2010; Cohen, 2006; Weiss, 1998).

En efecto, la globalización en general y la desterritorialización en particular son condiciones cruciales que los Estado-nación tienen que cumplir con el fin de lograr y sostener la neoliberalización de sus respectivas economías. Aunque, como Aihwa Ong (2006) lo demostró en su trabajo etnográfico en estados del Este y Sudeste Asiático, la doctrina del neoliberalismo es maleable en su aplicación, y de este modo es tomada de manera diferente por distintos regímenes – tales diferencias son otra prueba de que la soberanía del Estado-nación perdura–, un rasgo constante de las economías estatales neoliberalizadas es su estricta dependencia de las políticas y prácticas de desfronterización. No es simplemente que la pobreza extrema, las guerras, las persecuciones, los abusos de los derechos humanos y otras adversidades en varias partes del mundo se hayan combinado para dar lugar a un ejército de reserva global de trabajadores migrantes explotables, al cual los estados neoliberales pueden permitir entrar, regularmente o de otra manera, de acuerdo a las necesidades del mercado interno (De Giorgi, 2010). Así como los estados neoliberales más poderosos pueden estar dispuestos a relajar sus fronteras nacionales para “importar” mano de obra extranjera barata, estados neoliberales más débiles pueden estar dispuestos a hacer que dicha mano de obra esté fácilmente disponible al “exportar” debidamente trabajadores locales flexibles al extranjero.

Un ejemplo ilustrativo de ello son los flujos de

* Este artículo se publicó originalmente como capítulo del libro *Rethinking Border Control for a Globalising World* (2015, Routledge), editado por Leanne Weber. Traducción realizada por Federico Luis Abiuso.

** Profesor adjunto de Criminología en el Departamento de Política Social, London School of Economics and Political Science. Editor del *British Journal of Criminology*. Sus principales temas de investigación se agrupan en torno a la economía política y la psicología social del castigo y la aplicación y las consecuencias de las políticas penales.

trabajadores inmigrantes de las Filipinas a su vecina Malasia. En respuesta a las recientes escaseces en sus plantaciones locales y en las industrias de la construcción, Malasia ha atraído cada vez más a trabajadores inmigrantes baratos de las Filipinas. Además Malasia también depende de los filipinos para la provisión de trabajadores de servicios y empleadas domésticas en particular. De este modo, cuando la ayuda doméstica barata se convierte en una necesidad inevitable para un número cada vez mayor de familias de clase media malaya con dos ingresos que quieren alcanzar o conservar un estándar alto de vida, el estado filipino ha ido tan lejos como para hacer publicidad a nivel mundial del “valor de exportación” de las mujeres indígenas como trabajadores de servicios, naturalmente dotadas de disciplina y un sentido de responsabilidad, mientras estimulan a las mujeres, ellas mismas migrantes en potencia, a buscar trabajos en el extranjero porque sus ingresos van a ser necesitados por el país y sus familias (véase Ong, 2006; y también Ehrenreich y Hochschild, 2003).

Sin lugar a dudas, el capitalismo estatal siempre ha dependido inextricablemente de la relajación selectiva de los controles fronterizos como un medio de facilitar la emigración e inmigración laboral masiva. Por ejemplo, como los historiadores económicos Timothy Hatton y Jeffrey Williamson (2008) argumentan, una migración masiva mundial de una naturaleza no forzada se remonta a principios del siglo XIX, cuando alrededor de sesenta millones de europeos zarparon al abundante-en-recursos y escasa-mano-de-obra “Nuevo Mundo”, la mayoría de ellos en un intento por escapar de las empobrecidas condiciones de vida en las que se encontraban. Esto no quiere decir que la combinación de miseria económica en los países de origen, por un lado, y fronteras nacionales distendidas tanto en los países de origen y de acogida, por otro lado, provea una explicación suficiente para la magnitud de flujos migratorios no-forzados en cualquier momento dado. En todo caso, y en este punto siguiendo nuevamente a Hatton y Williamson (2008), las tasas de emigración pueden ser las más bajas de las regiones y los hogares más pobres dentro de un determinado país, incluso cuando las políticas de inmigración al extranjero son en gran medida liberales.

Una importante variable aquí faltante es el avance en las tecnologías de transporte y comunicación, en la medida en que ayuda a reducir, aunque de ninguna manera erradicar, los costos y la incertidumbre de la migración.

Los avances tecnológicos y su expansión geográfica son claves para entender, por ejemplo, cómo los trabajadores de las regiones pobres de Europa (Italia, Polonia, entre otras) empezaron a ser capaces de emigrar en grandes cantidades al “Nuevo Mundo” desde mediados del siglo XIX en adelante, y

cómo, a pesar de la existencia de políticas relativamente más estrictas de inmigración, una vasta extensión de trabajadores de países del denominado “Tercer Mundo” en Asia, África y América Latina han logrado llegar a las ricas e industrializadas naciones del “Primer Mundo” durante fines del siglo XX y comienzos del XXI.

“La inclusión es parte del problema a ser resuelto, no parte de la solución, y aquellas intervenciones críticas que, en el campo de la política simbólica, tienen como objetivo avanzar hacia la «paz en la frontera» necesitan ajustar en consecuencia sus vocabularios y aparatos conceptuales.”

Por supuesto, con respecto a los migrantes irregulares en potencia (esto es, migrantes sin documentación), el acceso a cualquier tecnología avanzada o incluso básica de transporte, no es siempre una opción, de ahí que muchos acudan a caminar miles de millas. Tampoco el acceso a la tecnología del transporte necesariamente socava los riesgos que el cruce clandestino de fronteras supone a menudo para la vida de uno, ya sea debido a peligros naturales (por ejemplo, tempestades) o debido a las prácticas nocivas que las autoridades de la frontera adoptan en flagrante violación de la legislación internacional de derechos humanos (por ejemplo, el abandono en el mar; ver Amnesty International, 2012; Inda, 2006). Sin embargo, para la inmensa mayoría de migrantes irregulares, y especialmente para aquellos que inician su viaje desde países lejanos, la migración sería simplemente impensable sin una pizca de acceso a mejores tecnologías de transporte (véase Hernández-León, 2013).

No es de extrañar que los informes críticos y los comentarios acerca de la relación entre globalización, capitalismo neoliberal y políticas y prácticas de control fronterizo, generalmente se centren en la variedad de esfuerzos nacionales e internacionales por dirigir los flujos de inmigrantes pobres a las economías avanzadas de Occidente. Además la idea central de esas obras tiende a girar en torno a la noción de exclusión física o geográfica, con los continentes y Estados-nación siendo típicamente descriptos como “fortalezas” impermeables (véase por

ejemplo Carr, 2012). En este artículo se buscará demostrar que tales críticas son en un grado significativo inapropiadas. Como se ha mencionado anteriormente, esto no es sólo porque las políticas y prácticas excluyentes de control fronterizo son por diseño imperfectas en su eficacia sobre el terreno. Es también porque el fracaso de excluir total y permanentemente a los migrantes pobres de sus territorios nacionales es, de hecho, necesario para una variedad de proyectos de dominación político-económica, objetivos que en realidad se extienden más allá de los trabajadores migrantes en sí mismos a la sociedad general en su totalidad. Además, para que estos proyectos sean exitosos, la inclusión de los migrantes pobres necesita adoptar una combinación de formas específicas y determinables: si no escasa, al menos incompleta, en lo que hace a la provisión de los derechos y las prestaciones sociales y legales, sin embargo, rígida y dinámica en el campo del control carcelario. En este sentido, sugiero que la inclusión es parte del problema a ser resuelto, no parte de la solución, y aquellas intervenciones críticas que, en el campo de la política simbólica, tienen como objetivo avanzar hacia la “paz en la frontera” necesitan ajustar en consecuencia sus vocabularios y aparatos conceptuales.

Fronteras Nacionales: Fronteras Porosas, Abundante Mano de Obra Barata

Existe una fuerte tendencia entre los investigadores y comentaristas críticos de describir las políticas y prácticas sistemáticamente adoptadas de control fronterizo en las economías capitalistas neoliberales como procesos de “refronterización”; esto es, como intentos de solidificar las fronteras nacionales contra los flujos de migración global, y especialmente, frente a la inmigración de las zonas más pobres del mundo. A primera vista, podría parecer contrario a la intuición que sugiriese lo contrario. En la medida en que la libre movilidad se ha desarrollado como un sinónimo de la vida exitosa bajo las condiciones de la globalización neoliberal, uno podría razonablemente suponer que la inmovilidad, o al menos la exclusión del propio territorio nacional, es el destino reservado para aquellos expedidos de los denominados “estados fallidos” de todo el mundo. Que los migrantes irregulares sean frecuentemente forzados por las autoridades fronterizas a navegar zonas fronterizas de riesgo (por ejemplo Australia, Grecia y la frontera Estados Unidos-México), y que muchos de ellos mueran como resultado (véase Weber y Pickering, 2011), parece prestar apoyo a este argumento.

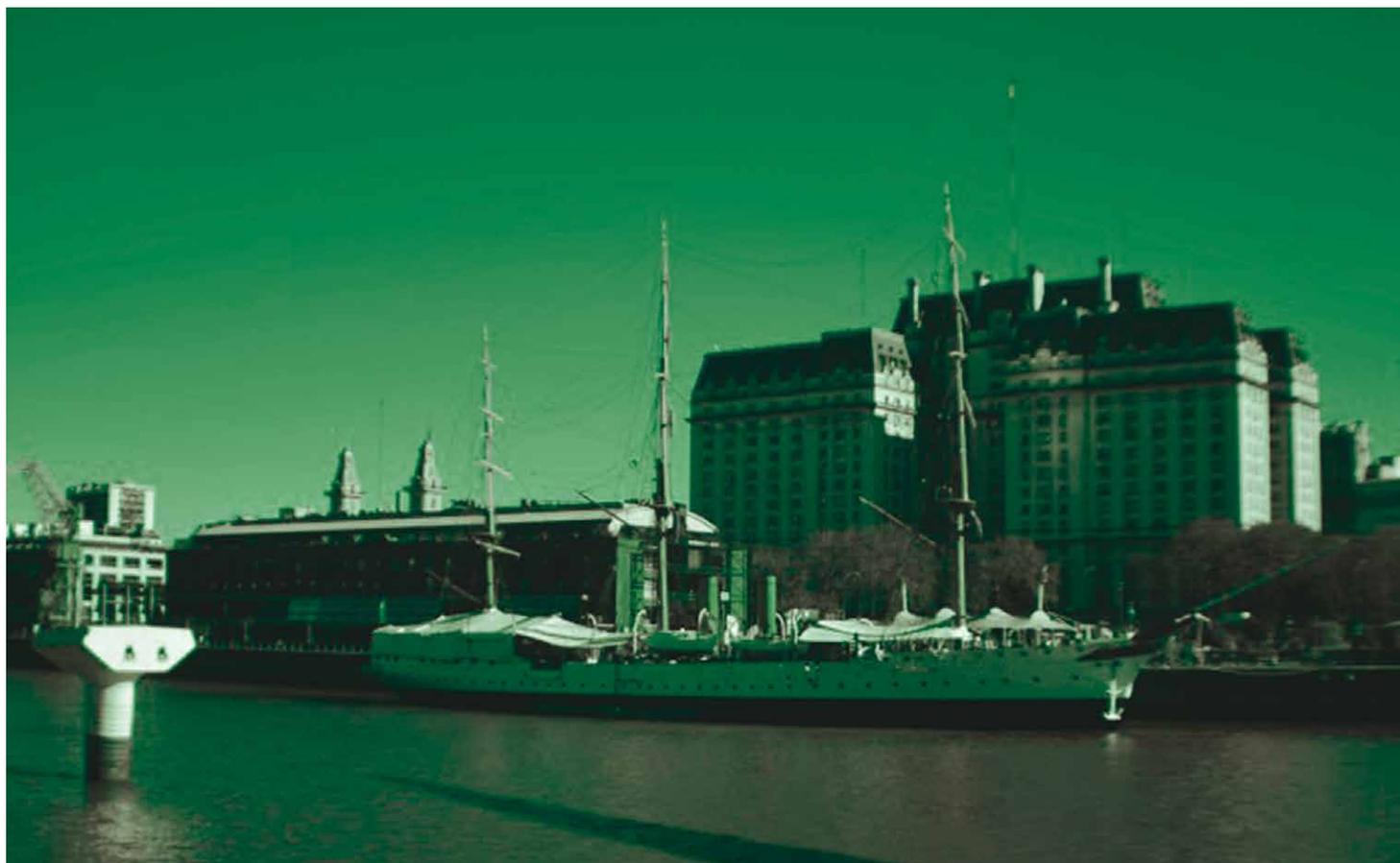
La consideración de Zygmunt Bauman de la convergencia cultural entre los conceptos de libertad y movilidad espacial, y entre sus opuestos, es útil aquí:

Las ambiciones de la vida no pocas veces son expresadas en términos de movilidad, libre elección de lugar, el recorrer y ver el mundo; por el contrario, los miedos de la vida son referidos en términos de encierro en un lugar, falta de cambio, ser excluidos de sitios que otros pueden fácilmente atravesar, explorar y disfrutar. La “buena vida” es la vida en movimiento; más precisamente, la comodidad de estar seguro de la facilidad de trasladarse a cualquier lugar en caso de permanecer en no más satisfechos. La libertad llegó a significar sobre todo libertad de elección, y la elección adquirió, visiblemente, una dimensión espacial [...] La inmovilidad forzada, la condición de estar atado a un lugar y no poderlo abandonar, parece la más abominable, cruel y repulsiva situación; es la prohibición en blanco para desplazarse lo que vuelve a esa condición especialmente ofensiva. Ser prohibido es un símbolo más potente de impotencia e incapacitación — y el más agudo de los dolores. (Bauman, 2000: 38-39)

Lo mismo puede decirse de la movilidad que se impone. Lo que permite encontrar satisfacción ontológica en el proceso de turismo, por ejemplo, es que los turistas “viajan porque quieren”, en oposición a los vagabundos, multitudes de refugiados e inmigrantes que viajan “porque no tienen otra elección soportable”. De hecho, como Bauman continúa argumentando, “la vida de los turistas no sería la mitad de placentera de lo que es, sino hubiere alrededor vagabundos mostrándoles cómo sería una alternativa a esa vida” (Bauman, 1998: 94,98-99; ver también Salecl, 2004).

Sin embargo, los análisis críticos del control fronterizo exageran frecuentemente la impermeabilidad de las fronteras nacionales, tratándolas estrictamente como estructuras lineales cuando son en realidad puntos de intensidad variable (Rahola, 2011; ver también Bourbeau, 2011). Al hacer eso, además, los análisis críticos del control fronterizo generalmente pasan por alto o socavan la importancia de la forma de movilidad migrante que es también forzada al interior de los territorios nacionales. De hecho, para explicar adecuadamente la porosidad de las fronteras nacionales uno tiene que desplazarse a un análisis que vaya más allá de considerar puramente los impedimentos prácticos del efectivo control fronterizo (por ejemplo, las fronteras extensas, la falta de recursos financieros), y examinar las funciones político-económicas facilitadas por los controles fronterizos, los cuales son diseñados para ser suficientemente inefectivos para permitir que la movilidad migrante forzada continúe al interior de los Estado-nación.

Como fue mencionado anteriormente, los Estados capitalistas neoliberales necesitan relajar los controles fronterizos nacionales como medio de propiciar una inmigración masiva de mano de obra barata. De hecho, si la movilidad laboral migrante va a ser de alguna utilidad para los Estados receptores y sus ciudadanos, necesita extenderse al interior de los territorios nacionales. A



modo de ilustración, así como los migrantes pobres necesitan estar aptos para desplazarse entre las áreas rurales y urbanas de acuerdo a las necesidades del mercado local, también necesitan estar capacitados de cruzar las fronteras invisibles y presuntamente rígidas de los barrios de negligencia donde generalmente residen, con miras a facilitar las vidas de los trabajadores ricos. Como Jock Young nos lo recuerda en su crítica de la tesis de la “ciudad dual” de la ecología humana, la razón por la cual los trabajadores pobres (por ejemplo, mucamas, enfermeras, taxistas y porteros) tienen permitido realizar regularmente su camino a través de las fronteras invisibles del gueto de Washington DC es porque “la disponibilidad de tal ‘ayuda’ barata [...] habilita a las familias de dual carrera a continuar” (Young, 1999: 472).

Sin embargo, la pobreza del migrante no es suficiente para dar cuenta de su explotabilidad en tanto mano de obra. Como argumento en el siguiente apartado, esto último se encuentra garantizado, o al menos, maximizado mediante el acompañamiento de la porosidad relativa de las fronteras nacionales y la movilidad de mano de obra migrante con la amenaza del encierro dentro de las fronteras rígidas de un sistema carcelario expansivo.

Fronteras Carcelarias: Fronteras Rígidas, Trabajo Flexible, Público Gestionable

Un componente inherente a la neoliberalización de la economía es el relajamiento de los controles administrativos

en el mercado de trabajo. Esto es porque las condiciones flexibilizadas de trabajo y el aumento de la precariedad laboral en particular, aseguran una mayor explotabilidad de la fuerza de trabajo. Este fenómeno es el que Pierre Bourdieu (1999: 125-26) describe con el término híbrido de “flexplotación”; concretamente, “un modo de dominación de nuevo [neoliberal] cuño, basado en la institución de un estado generalizado y permanente de inseguridad que tiende a obligar a los trabajadores a la sumisión, a la aceptación de la explotación”.

En sí misma, la inseguridad laboral en el capitalismo neoliberal se incrementa aún más mediante la creación y el mantenimiento de un gran ejército de reserva de mano de obra. Al mismo tiempo, la eficacia de la inseguridad en el empleo como un mecanismo de control del trabajo es reforzada haciéndola cada vez más preferible a la perspectiva de desempleo a través de la reducción de las prestaciones sociales tanto para los que todavía están adentro del mercado de trabajo como para aquellos que esperan su inclusión fuera del mercado laboral. Las grandes extensiones de migrantes pobres del “Sur global” que continúan cruzando las fronteras porosas de los países neoliberalizados de Occidente (en el “Norte global”) en busca de un mejor futuro se prestan ellos mismos idealmente tanto como trabajadores explotables y como reservas entusiastas. Esto no es sólo debido a su pobreza y a su masividad, sino también comúnmente gracias a su condición de irregular, la cual automáticamente los excluye

del acceso a todo lo que ha quedado de derechos laborales y asistencia social (véase Bigo 2002; Melossi 2003; Calavita 2005; Lawrence 2005; De Giorgi 2010; Lazaridis 2011, Brotherton and Barrios 2011; Sawyer and Blitz 2011).

En ocasiones, las estrategias de control del trabajo migrante se asemejan a las tecnologías de encarcelamiento, o incluso de esclavitud. En Singapur y Malasia, por ejemplo, la mayoría de trabajadores domésticos extranjeros no tienen garantizados días de descanso, y, en cualquier caso, sus empleadores de clase media comúnmente los confinan al interior de la casa y en el interminable turno de labores domésticas al retener sus pasaportes y documentación de trabajo, bajo el pretexto de impedir que escapen (Ong, 2006: 201-205). En la enorme plantación de frutillas de Nea Manolada en Grecia, por su parte, los trabajadores migrantes agrícolas se han vistos obligados a vivir en cuarteles bajo condiciones degradantes y a pagar más de la mitad de su escaso salario a los empleadores en carácter de alquiler; una situación prolongada tolerada por los funcionarios del Ministerio de Trabajo griego y la cual sólo llegó a la atención del gran público en 2013, cuando unos 200 trabajadores se vieron bajo fuego por capataces griegos que exigían seis meses de salarios impagos (véase Channel 4, 2013; más generalmente también Lawrence, 2005).

Pero el encarcelamiento apropiado es incluso más significativo para el control de la mano de obra migrante, en particular debido al alcance de la intervención reguladora que permite. De acuerdo con lo que se conoce en la literatura penológica como el principio de “menor elegibilidad”, conforme al cual los trabajadores y desempleados pobres son controlados al ser constantemente amenazados con un destino peor que su pobreza - la inminente posibilidad de penas prolongadas de prisión por infracciones menores, y bajo condiciones más severas, las cuales añaden impulsos a la explotabilidad de los segmentos más marginalizados de la población en el mercado laboral - forzándolos tanto a aceptar cualquier condición disponible de trabajo en la sociedad libre como a la espera de su oportunidad de una manera disciplinada. En esta medida, y al menos en lo que concierne a los migrantes pobres, las implicancias político-económicas de la porosidad de las fronteras nacionales dependen de la rigidez de las fronteras carcelarias, ya sean las fronteras de las prisiones convencionales o aquellas de los centros de detención de inmigrantes. Para referirse a esta cuestión en términos de los estudios de la frontera, la desfronterización externa requiere la refronterización interna (véase Wacquant, 1999; Calavita, 2005; De Giorgi, 2010).

Paralelamente en el amplio y creciente número de países alrededor del mundo que han visto sus economías someterse a la neoliberalización rápida y completa, el uso expandido del encarcelamiento convencional y de la detención de inmigrantes

contra los pobres lleva a cabo una función simbólica, si en última instancia todavía materialista, sobre el público en general. En este caso, el encarcelamiento es implementado por las élites gobernantes como un remedio catártico conveniente para un amplio rango de descontentos socio-económicos intensificados entre la ciudadanía: desde su propia inseguridad laboral a la propagación del desempleo, desde la pobreza y el hambre a las ansiedades ontológicas tales como no poder disfrutar sin restricciones de la movilidad espacial.

“La imposición de dolor a través del uso del encarcelamiento contra otros más débiles se presta a sí misma como una salida políticamente conveniente para la descarga catártica de ansiedades obstinadas entre el público.”

Debe ser reiterado que lo que se presenta como las fuerzas “elusivas” de la globalización son evocadas como una justificación política para entregar las economías nacionales a los mercados financieros, así como para transferir la responsabilidad por la seguridad y el bienestar desde el Estado a los individuos privados, en línea con la ideología del capitalismo neoliberal. Sin embargo, en democracias multipartidarias, la mezcla de una disminución en la responsabilidad gubernamental y las inseguridades públicas permanentes puede generar una crisis de legitimación del orden político-partidario establecido, y eventualmente resultar en votar a favor de la oposición. A pesar de que esto no desafía necesariamente al capitalismo neoliberal como tal — pese a declaraciones contrarias, el capitalismo neoliberal puede ser adoptado igualmente por políticos de centro derecha o de centro izquierda (Wacquant, 2009)—, las elites neoliberales en ejercicio pueden enfrentar una posibilidad real de perder el poder.

La imposición de dolor a través del uso del encarcelamiento contra otros más débiles se presta a sí misma como una salida políticamente conveniente para la descarga catártica de ansiedades obstinadas entre el público, mientras estas ansiedades son canalizadas a la resolución provista por el encarcelamiento mediante un discurso que aumenta y exagera la preocupación por la delincuencia callejera violenta. En sí misma, esta última invita a una intervención estatal decisiva en la forma relativamente barata de expandir la práctica de encarcelación al sacar provecho de argumentos consolidados de racionalidad y moralidad; castigo, por ejemplo, a través

del cual la inmovilización mediante el encierro de custodia es merecida para aquellos que supuestamente restringen la movilidad de otras personas al convertir los lugares públicos en “zonas peligrosas” o “zonas prohibidas”. Pero – y esto es crucial para el anterior proceso de desplazamiento de ansiedad –, la delincuencia callejera violenta también crea angustias adecuadamente análogas a las que resultan de las políticas socio-económicas neoliberales, incluyendo la reducida habilidad de ser geográficamente móvil debido al agotamiento de recursos privados. Dada la débil posición política que usualmente ocupan en la sociedad, la consecuencia en gran medida de las políticas socio-económicas injustas de orientación neoliberal (véase Cheliotis, 2013a; también Kubrin, et al, 2012) no debería ser una sorpresa que los extranjeros y los inmigrantes sean comúnmente chivos expiatorios teniendo la responsabilidad principal de los crímenes violentos en las calles.

Este argumento se puede profundizar aún más: además del hecho de su inmovilización custodial, las condiciones inhumanas y degradantes bajo las cuales se los mantiene encarcelados a extranjeros e inmigrantes cumplen asimismo importantes funciones simbólicas en el dominio público y político. Es decir, tales condiciones ayudan inconscientemente a mitigar los malestares de la movilidad descendente y de los decrecientes estándares de vida del ciudadano promedio, reasegurando que continúan disfrutando de ventajas materiales sobre aquellos que se encuentran en la periferia de la sociedad. El argumento aquí no es tanto que los prisioneros sean retenidos bajo condiciones que permanecen inferiores a aquellas encontradas en libertad, como el principio de “menor elegibilidad” lo estipula, sino que la misma sociedad libre tiende a interpretar notoriamente las condiciones sub-estándares del encarcelamiento en términos de la superioridad personal y en grupo – como si fuera una forma de “mayor elegibilidad” (Cheliotis, 2013b).

Por todos estos motivos, y a diferencia de lo que el discurso político dominante sugiere (y que investigadores criminológicos pertinentes frecuentemente toman por dado), hay en la práctica mucha menos determinación por parte de la elites neoliberales en ejercicio de reducir el número de extranjeros y migrantes al interior de las fronteras de sus respectivos estados-nación o, de hecho, de mejorar las condiciones de la inclusión extranjera e inmigrante, ya sea en la sociedad en general o tras los muros de las instituciones carcelarias. Allí parece haber una relación inversa entre, por un lado, las inseguridades socio-económicas y los concomitantes problemas de legitimación de los partidos gobernantes, y, por el otro, el grado de compromiso gubernamental de contrarrestar la infiltración de las fronteras nacionales, deportando poblaciones extranjeras y migrantes “excedentarias”, y mejorando las condiciones bajo las cuales se los retienen a

extranjeros y migrantes en prisiones convencionales y centros administrativos de detención. De hecho, sea por encargo o por omisión, los gobiernos parecen jugar frecuentemente un rol clave en mantener las cosas como están.

El caso de Grecia – el principal punto de entrada para la migración irregular en la Unión Europea, pero también un país que proclama encarnarse como un arquetipo de la hospitalidad a los extraños – es elocuente. El extenso e infame alambre de púas cercado en la región de Evros fue construido con una demora inversamente proporcional a la urgencia atribuida por el discurso político dominante como medio de prevenir la inmigración irregular en Grecia a través de las fronteras continentales con Turquía. De manera similar, aunque no parecen haber ocurrido en años recientes cambios sustanciales en el tamaño de la población migrante irregular residente en Grecia, el volumen anual de detenciones de migrantes irregulares en el país se redujo aproximadamente a la mitad entre 2008 y 2012. Además, mientras la duración legal máxima de detención al inmigrante se ha sometido a repetidas extensiones desde 2009 –de hecho, desde abril del 2014, los migrantes irregulares deben estar retenidos tan indefinidamente en Grecia en tanto su eventual deportación no se haya hecho todavía posible – se ha registrado en general una significativa tendencia decreciente en el volumen de las deportaciones realmente llevadas a cabo.

A pesar de las críticas y censuras sostenidas por actores locales e internacionales, el Estado griego tampoco dejó de hacer, mientras tanto, uso excesivo de la detención de inmigrantes, ni buscó enfrentar las condiciones deplorables bajo las cuales los migrantes irregulares son retenidos en el país. Todo esto ayudó tanto a mantener un suficientemente grande ejército de reserva de mano de obra, cuanto a conservar un alto grado de explotación en el mercado laboral informal. Al mismo tiempo, le permitió a los partidos gobernantes gestionar un rango de descontentos entre el público en general, desde elevadas ansiedades socio-económicas a un incrementado enojo con las elites políticas; a la propagación de un sentido de humillación nacional ante las audiencias extranjeras desde que la crisis financiera golpeó a Grecia en 2009, y la posterior introducción de medidas de austeridad neoliberal a fin de satisfacer las condiciones de los rescates sucesivos (véase Cheliotis, 2014).

Más allá de la inclusión: para una Ética Global

En democracias representativas, las preferencias del ciudadano promedio establecen límites al diseño e implementación de políticas gubernamentales (ver por ejemplo, Page y Shapiro, 1983; Gibson, 1992). Esto no

debería llevar a implicar que las elites gobernantes cargan con una responsabilidad reducida para sus decisiones políticas. La insinuación aquí es más bien que cualquier esfuerzo para contrarrestar las injusticias inherentes a las políticas neoliberales de control fronterizo necesita incorporar intervenciones en el campo de las políticas simbólicas y participación directa en el debate público. Tales intervenciones, quisiera argumentar en lo que queda de este artículo, deben evitar las explicaciones engañosas y las prescripciones contraproducentes para las acciones ofrecidas por el discurso de la exclusión, tal como este es comúnmente empleado para criticar las políticas neoliberales de control fronterizo.

“Paz en la frontera” requiere que a la dominación neoliberal se la lleve a un fin, no simplemente a la exclusión. El discurso de la exclusión no sólo socava el grado en el cual las fronteras nacionales son en realidad permeables; también reafirma la conveniencia del “interior”, excluyendo así análisis críticos, tanto de los términos de la inclusión como del orden político-económico subyacente (Allen, 2005a). De lo que sigue que la transición de la exclusión a la inclusión, el movimiento horizontal desde “afuera” hacia “adentro”, no puede tomarse en sentido literal como remedio a la dominación, lo cual es, después de todo, un problema de relaciones sociales verticales, de arriba hacia abajo (Allen, 2005b; ver también Philippopoulos-Mihalopoulos, 2008; Philippopoulos-Mihalopoulos y FitzGerald, 2008). La inclusión puede ser, de hecho, una condición necesaria de la dominación: como fue explicado anteriormente, por ejemplo, la explotación de mano de obra sólo puede ocurrir en la medida en que un grupo suficientemente grande de trabajadores explotables “excedentarios” se haya hecho disponible dentro de un territorio determinado.

Uno podría argumentar que la inclusión geográfica, en la medida en que ya se ha producido, al menos ofrece oportunidades concretas para la acción directa frente a las condiciones injustas de la inclusión socio-económica. Sea como fuere, las posibilidades de la conducta moral no están agotadas con la prevención de una mayor injusticia hacia los afectados que están en la mira o dentro del alcance. Bauman (1997) emite un llamado que trasciende los estrechos confines de la territorialidad, el microespacio donde se desarrollan los encuentros interpersonales y donde las demandas particulares de ayuda y justicia salen a la luz. En vez de contentarnos con actuar sobre otro presente, Bauman proclama, deberíamos reconocer nuestra responsabilidad por todos los casos posibles de sufrimiento humano e injusticia, ya sean próximos y visibles o no (Žižek, 2005).

Pero podemos aumentar nuestras aspiraciones incluso más alto y combinar la generalización espacial de la ética con un desplazamiento temporal: desde expresiones prácticas

de empatía, después de haberse producido un acto con la necesidad de respuesta empática, a la prevención de tales actos en primer lugar. Sin embargo, la realización de uno o ambos mandatos está sujeta a permanecer como un ideal programático en la medida en que se encuentra estrechamente ligada a las potencias variables de la abstracción y la imaginación individual. A menos que los procesos socio-políticos que determinan qué es representado en el dominio público y bajo cuales términos – los muchos procesos que ubican limitaciones sobre la generalizada viabilidad de la abstracción y la imaginación – sean expuestos y redirigidos hacia inquietudes macro-éticas en una escala amplia y societal.

Como Bourdieu (2008: 65) advierte, el reconocimiento formal de la responsabilidad personal por toda la humanidad necesita estar acompañado de una perseverante reflexión crítica acerca de las estructuras sociales en su totalidad, o bien uno deriva rápidamente en “moralismo como universalismo egoísta”; un discurso sensacionalista que deja la consciencia intacta y oscurece la necesidad de la intervención política (ver también Chouliaraki, 2006: 211-212). Sin embargo, la reflexión crítica presupone criterios típico-ideales con los cuales comparar y después de lo cual modelar arreglos sociales existentes. La pregunta inmediata no concierne simplemente al contenido constitutivo de los criterios a ser elegidos, sino más bien se extiende a las implicancias que tales elecciones conllevan para los objetos que han de evaluarse. En particular, ¿es posible apoyar leyes antropológicas dadas sin comprometerse con una normativa autoritaria – no diferente al discurso monolítico que legitima el neoliberalismo y allana el camino para la explotación laboral? La respuesta es que la realidad puede ser bien evaluada en referencia a los principios del universalismo que sí pretende fomentar siempre que se arrojó suficiente luz sobre su significado esencial (Bourdieu, 1998). Las raíces de la solidaridad humana, por ejemplo, se ubicarán al interior de estructuras de igualdad, y las raíces mismas de la igualdad dentro de estructuras que promueven diferencia más que uniformidad.

Sin embargo, ante todo, dado que los seres humanos son particularmente proclives a aferrarse a narrativas ideológicas clasificatorias al sentirse enredados en situaciones intensas de inseguridad en cuanto a sus perspectivas de vida reales, incluyendo las situaciones que son creadas por el advenimiento de las políticas socio-económicas neoliberales, cualquier esfuerzo para contrarrestar las injusticias ejercidas por los controles fronterizos neoliberales necesita exponer al neoliberalismo tanto como el motor detrás de los controles fronterizos condicionalmente inclusivos, y en cuanto crea el contexto al interior del cual se les da más efectivamente apariencias de legitimidad a las injusticias de la inclusión.

Una vez que tales avances hayan ocurrido en el campo

de las políticas simbólicas, va a ser razonablemente posible presionar por políticas socio-económicas más justas – desde la creación de trabajo y elevadas protecciones contra la explotación en el mercado laboral, a considerablemente aumentados salarios mínimos, al acceso a suficiente bienestar, a impuestos progresivos sobre los ricos – a fin de empezar a revertir prácticamente las claras desigualdades de riqueza e ingreso dentro de los Estado-nación. Mientras tanto, internacionalmente ya no será utópico convocar a una nueva y más representativa autoridad financiera mundial que remplace a aquellas instituciones dominadas por Estados Unidos como el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y la Organización Mundial del Comercio (véase Barry, 2005) ●

Bibliografía

- Allen, D. (2005a). A Reply to Bader and Orwin. In M. S. Williams and S. Macedo (Eds). *Political Exclusion and Domination* (pp. 179-181). New York and London: New York University Press.
- Allen, D. (2005b). Invisible Citizens: Political Exclusion and Domination in Arendt and Ellison. In M. S. Williams and S. Macedo (Eds). *Political Exclusion and Domination* (pp.29-76). New York and London: New York University Press.
- Amnesty International (2012). *Greece: The End of the Road for Refugees, Asylum-Seekers And Migrants*. London: Amnesty International.
- Barry, B. (2005). *Why Social Justice Matters*. Cambridge: Polity Press
- Bauman, Z. (1997). Morality Begins at Home—or: Can there be a Levinasian Macro Ethics?. In H. Jodalen and A. J. Vetlesen (Eds). *Closeness: An Ethics* (pp. 218-244). Oslo: Scandinavian University Press.
- Bauman, Z. (1998). *Globalization: the human consequences*, Cambridge: Polity.
- Bauman, Z. (2000). Social Uses of Law and Order. In D. Garland and R. Sparks (Eds.) *Criminology and Social Theory* (pp. 23–45). Oxford: Oxford University Press.
- Bigo, D. (2002). Security and Immigration: Toward a Critique of the Governmentality of Unease, *Alternatives*, 27(Special Issue), 63-92.
- Bourbeau, P. (2011). *The Securitization of Migration: A Study in Movement and Order*. London and New York: Routledge.
- Bourdieu, P. (1998). *On Television*. New York: The New Press.
- Bourdieu, P. (1999). *Contrafuegos*. Barcelona: Anagrama.
- Bourdieu P and Wacquant L (1999). On the cunning of imperialist reason. *Theory, Culture & Society*, 16(1), 41–58.
- Brotherton, D. C. and L. Barrios (2011). *Banished to the Homeland: Dominican Deportees and their Stories of Exile*. New York: Columbia University Press.
- Calavita, K. (2005). *Immigrants at the Margins: Law, Race, and Exclusion in Southern Europe*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Carr, M. (2012). *Fortress Europe: Dispatches from a Gated Continent*. London: Hurst and Company.
- Cassirer, E. (1946). *The Myth of the State*. New Haven: Yale University Press.
- Channel 4 (18 april 2013). Greece: Migrant Strawberry Pickers Shot in “Shameful” Attack, available online at: <http://www.channel4.com/news/strawberry-pickers-greece-migrants-shot-manolada>[Accessed 1 June 2014].
- Cheliotis, L. K. (2013a). Neoliberal Capitalism and Middle-Class Punitiveness: Bringing Erich Fromm’s “Materialistic Psychoanalysis” to Penology. *Punishment & Society*, 15(3), 247-273.
- Cheliotis, L. K. (2013b). Behind the Veil of Philoxenia: The Politics of Immigration Detention in Greece. *European Journal of Criminology*, 10(6), 725-745.
- Cheliotis, L. K (2015). Seeing like a Small State: Globalisation and the Politics of Immigration Detention in the Margins of Europe. In V. Mitsilegas, P. Alldridge and L. K. Cheliotis (Eds). *Globalisation, Criminal Law and Criminal Justice: Theoretical, Comparative and Transnational Perspectives* (pp. 113-134). Oxford: Hart Publishing/Bloomsbury.
- Cheliotis LK and Xenakis S. (2010). What’s neoliberalism got to do with it? Towards a political economy of punishment in Greece. *Criminology & Criminal Justice*, 10(4), 353–373.
- Chouliaraki, L. (2006). *The Spectatorship of Suffering*. London: Sage.
- Cohen, R. (2006). *Migration and its Enemies: Global Capital, Migrant Labour and the Nation-State*. Aldershot: Ashgate.

- De Giorgi, A. (2010). Immigration Control, Post-Fordism, and Less Eligibility: A Materialist Critique of the Criminalisation of Immigration Across Europe. *Punishment & Society*, 12(2), 147-167.
- Ehrenreich, B. and A. R. Hochschild. (2003) *Global Woman: Nannies, Maids and Sex Workers in the New Economy*. London: Granta Books.
- Gibson, J. L. (1992). The Political Consequences of Intolerance: Cultural Conformity and Political Freedom. *American Political Science Review*, 86(2), 338-356.
- Hatton, T. J. and J. G. Williamson (2008). *Global Migration and the World Economy: Two Centuries of Policy and Performance*. Cambridge, MA: MIT Press.
- Hernández-León, R. (2013). Conceptualising the Migration Industry. In T. Gammeltoft-Hansen and N. Nyberg Sørensen (Eds.). *The Migration Industry and the Commercialization of International Migration* (pp. 24-44). Abingdon: Routledge.
- Inda, J. X. (2006). *Targeting Immigrants: Government, Technology, and Ethics*. Malden, MA: Blackwell Publishing.
- Kubrin, C. E., Zatz, M. S. and R. Martínez, Jr. (2012). *Punishing Immigrants: Policy, Politics, and Injustice*. New York: New York University Press.
- Lawrence, C. (2005). Re-Bordering the Nation: Neoliberalism and Racism in Rural Greece. *Dialectical Anthropology*, 29(3-4), 315-334.
- Lazaridis, G. (2011). *Security, Insecurity and Migration in Europe*. Aldershot: Ashgate.
- Melossi, D. (2003). 'In a Peaceful Life': Migration and the Crime of Modernity in Europe/Italy. *Punishment & Society*, 5(4), 371-397.
- Nelken, D. (2011). Afterword: Studying Criminal Justice in Globalising Times. In *Comparative Criminal Justice and Globalisation* (pp. 183-210). Aldershot: Ashgate.
- Ong, A. (2006). *Neoliberalism as Exception: Mutations in Citizenship and Sovereignty*. Durham and London: Duke University Press.
- Page, B. I. and Shapiro, R. Y. (1983). Effects of Public Opinion on Public Policy. *American Political Science Review*, 77(1), 175-190.
- Philippopoulos-Mihalopoulos, A. (2008). On Absence: Society's Return to Barbarians. *Soziale Systeme*, 14(1), 142-156.
- Philippopoulos-Mihalopoulos, A. and FitzGerald, S. A. (2008). From Space Immaterial: The Invisibility of the Lawscape. *Griffith Law Review*, 17(2), 438-453.
- Rahola, F. (2011). The Detention Machine. In S. Palidda (Ed.), *Racial Criminalization of Migrants in the 21st Century* (pp. 95-106). Aldershot: Ashgate.
- Salecl, R. (2004). *On Anxiety*. Abingdon: Routledge.
- Sawyer, C. and B. K. Blitz (2011). *Statelessness in the European Union: Displaced, Undocumented, Unwanted*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Vetlesen, Arne Johan (1997). Introducing an Ethics of Proximity. In H. Jodalen and A. J. Vetlesen (Eds.), *Closeness: An Ethics* (pp. 1-19). Oslo: Scandinavian University Press.
- Wacquant, L. (1999). 'Suitable Enemies': Foreigners and immigrants in the prisons of Europe. *Punishment & Society*, 1(2), 215-222.
- Wacquant, L. (2009). *Punishing the Poor*. Durham: Duke University Press.
- Weber, L. and S. Pickering (2011). *Globalization and Borders: Death at the Global Frontier*. Basingstoke: Palgrave Macmillan.
- Weiss, L. (1998). *The Myth of the Powerless State: Governing the Economy in a Global Era*. Cambridge: Polity Press.
- Wilson, T. M. and H. Donnan (2012). Borders and Border Studies. In T. M. Wilson and H. Donnan (Eds.), *A Companion to Border Studies* (pp. 1-25). Malden, MA: Wiley-Blackwell.
- Young, J. (1999). *The Exclusive Society: Social Exclusion, Crime and Difference in Late Modernity*. London: Sage.
- Žižek, S. (2005). Neighbors and Other Monsters: A Plea for Ethical Violence. In K. Reinhard, E. L. Santner and S. Žižek (Eds.) *The Neighbor: Three Inquiries in Political Theology* (pp. 134-190). Chicago: The University of Chicago Press.